**Preparando el camino**

Por. Esteban J. Beltrán Ulate, Costa Rica

[estebanbeltran@outlook.com](mailto:estebanbeltran@outlook.com)

De nuevo, manos blancas, llegan en la penumbra, toman a nuestra madre con violencia -sin importar que se encuentra en cinta-, y la lanzan al río. Esas manos blancas, dicen estar dirigidas por una verdad absoluta, poco les falta para inmolarse (pero su egoísmo no es suficiente), prefieren de manera despiadada ofender a la humanidad y continuar con una masacre histórica: contra la mujer, la madre, y el fruto de su vientre; y más aún, si ese cuerpo femenino tiene fragancia a indígena.

Esas manos blancas genocidas, son las mismas que antaño, empuñaron libro y cruz, y sedientos de poder, abrieron caminos y construyeron pueblos con sangre indígena. Esas manos blancas no conocen el evangelio, el único evangelio que conocen es el de su egolatría. Los indígenas de cada rincón sienten de nuevo el puño blanco que sugiere golpes y que golpea sin titubear. Los hombres y mujeres con corazón de pueblo originario lucen atónitos frente a una movilización de blancos (homogéneos con deseo de homogenizar) que llama a lanzar lo distinto al caudal de los ríos. Ese no es el evangelio de los cristianos, por más que hagan uso del lenguaje simbólico de la tradición cristiana: “¡Esas manos blancas no siguen al Cristo vivo!”

El cuerpo en Cristo que somos, esta llamado a inclinarse y servir al pobre, la viuda, el huérfano. El proyecto de salvación es un meta-fenómeno transhistórico y que se actualiza en cada instante, es el tiempo más allá del tiempo que nos llama para un tiempo de justicia. Ver a Dios en el otro pasa por una serie de acontecimientos diarios; esas manos blancas que empuñan armas, esas manos blancas que proclaman mandatarios, esas manos blancas que lanzan mujeres embarazadas a los ríos, son manos de seres embriagados de egolatría que no tienen la libertad de descubrir a su prójimo.

Nuestra misión en la vida responde a una vocación, sea cual sea esta, estará mediada por recibir al otro como huella de Dios. Tremenda tarea tenemos, al acompañar hombro a hombro al que sufre, y luchar con convicción por justicia social frente a quienes se niegan a responder a un imperativo moral universal: el Otro. No hay caudal de río ni golpe de estado, no hay cárcel ni siquiera metralleta que logre silenciar la voz de la Justicia. No hay manos blancas que puedan convertir a la humanidad en un ser uniforme, al servicio de un mercado egoísta. Aún en la más oscura de las noches, se elevará como sol resplandeciente la luz de la verdad y la justicia, mientras tanto, nosotros, los cristianos que seguimos a Jesús de Nazareth, continuaremos preparando el camino.